



Ignacio de Loyola, *De la fatiga de lo invisible a la lucha por lo posible*

Campos de batalla, nuevos nacimientos

P. Guillermo Zapata, SJ¹.

Mayo 20 de 2021

*«Llegó con tres heridas, la de amor, la de la muerte, la de la vida.
Con tres heridas viene, la de la vida, la del amor, la de la muerte.
Con tres heridas yo, la de la vida, la de la muerte la del amor».*
(Miguel Hernández).

El camino de “El peregrino de Loyola” comenzó en Guipúzcoa, con la pacificación de dos bandos opuestos, el 20 de mayo de 1521. Aquel herido en su pierna derecha, en medio de la confusión, la incertidumbre, el dolor por haber sido abaleado, desató fecundas tensiones, polaridades, contradicciones que inmovilizan de todo su cuerpo, mas no su espíritu; a tal punto que el mismo enfermo queda sorprendido. ¿Qué es esta sensación que nace de la escucha de unas heridas? Este extraño buscar y hallar, en medio de un inmenso campo de batalla en el que Ignacio pretendió ser mediador de paz. Pero, ahora, intervienen otras facciones contrarias, en un orden que exige nuevas armas. Íñigo ensaya el dialogo interior y experimenta una verdadera metamorfosis. En busca de ayudas y confirmaciones sale para Montserrat y siente que poco a poco va saliendo de su postración, en medio de conversaciones, confesiones, diálogos que le van permitiendo leer de nuevo su historia.

Descartes afirma que busca la certeza, la claridad mental. Ignacio abre un amplio horizonte fundante de su vida que le permite barruntar una respuesta

¹ Profesor Titular Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Facultad de Filosofía.
gzapatasj@hotmail.com

que le sostenga, aunque sea por algún momento, sobre ¿quién es él?, ¿de dónde viene? y ¿hasta dónde va a llegar todo lo que experimenta? Su visión pragmática le hace afirmar: «porque, así como el pasear, caminar y correr son ejercicios corporales, por la misma manera todo modo de *disponer el alma*» (EE 1), todo modo de entrar en ese nuevo orden del escuchar, interpretar, meditar, contemplar, en síntesis, todo aquello afecta la totalidad de su nuestro ser, Ignacio lo bautiza con el nombre de «Ejercicios Espirituales»; esta arqueología de sí mismo que se entreteje con todas las estaciones de la vida, precisamente allí donde se confunden luces, claridades, oscuridades, sufrimiento, muerte, vida.

En una carta al Dr. Miona, su confesor, escribe sobre la experiencia espiritual de los Ejercicios: «los EE son todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir, entender, tanto para poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fructificar ayudar y aprovechar a muchos» (MHSI, *serie I Epistolae Sti. Ignati*, t.1, p.113). La totalidad de la vida, se despliega en ese horizonte de sentido, de Gracia, conversión y resurrección. De este entrecruce por distintos campos de batalla, emerge su *fatiga de lo invisible, se convierte en lucha por lo posible*, por encarnar su pasión y su fe. Los Ejercicios Espirituales se convierten en sacramento, en revelación de sus varios nacimientos; testimonio de la experiencia fundante que cimentó la fe de Ignacio y abrió caminos para una Iglesia abierta que el Papa Francisco llama una «tienda de campaña» tendida en medio de muchos campos batalla.

Si el evangelio es el relato de la experiencia profunda del encuentro con Dios, los EE son el evangelio en el que Ignacio nos transparenta su vida entera que se abre con esta afirmación sobrecogedora: somos «creados para *alabar, hacer reverencia y servir* a Dios nuestro Señor...» (EE 21). La alabanza, el servicio y la contemplación son el modo de ser que nos pone en marcha como peregrinos del

pueblo de Dios. Es una nueva vida en el Espíritu en el que el ejercitante participa en el servicio al reino de Dios en la Iglesia.

Se nace varias veces, pero hay un nacimiento que se configura como definitivo. Los nueve meses de convalecencia y postración permitieron un éxodo, ese nuevo nacimiento de este penitente que se reconcilió con Dios, con el mundo, con la vida. Él mismo nos lo cuenta cuando anota que en sus días manresanos: «le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole...». Justo allí, al borde de un camino, como el samaritano abandonado, que en Ignacio se sucede junto al sendero de una iglesia abandonada, — *¿el poverello* de Manresa? — «y esta Iglesia, creo que se llama San Pablo»... Y al tumbarse junto al río, que iba *tan hondo* como el torrente del Espíritu que le estaba calando hasta los huesos ajustados por dos operaciones... Y estando allí sentado, sumido en su propia realidad concreta, sin ilusiones ni fantasmas: «se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento... y con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas» (San Ignacio, *Autobiografía* n. 30). Este *ordo amoris* de Dios es la confirmación, aún temprana, de que Ignacio pertenece totalmente a Dios. Aquella luz que segó a Pablo de Tarso brilla ahora, al borde del camino y del río. Esta ilustración sanó totalmente su caminar. A pesar de haber quedado cojo para toda su vida, apoyado en sus limitaciones, su carácter, sus sombras, fue traspasado por una realidad tan honda que le restituyó para siempre lo más íntimo de su propia intimidad. Ignacio experimentó su proceso de divinización, de cristificación. Petición confirmada de ser puesto con el Hijo, presentada por la Virgen de Marzo. Yo os seré propicio en Roma.

Y así, cojeando, como pudo, con su baja estatura, peregrinó de Barcelona a Jerusalén ahondando en su razón geográfica: la «composición viendo un lugar» (EE 47): el escuchar, el ver, el oír, el encontrarse con el Dios encarnado en su historia y en a historia. Un modo de ser en el que orar y ser se funden pasando

por lo más concreto. Ignacio se detiene en Jerusalén ante la piedra sobre la que Jesús puso su pie para ascender a Dios. O, el consolarse en la cueva del nacimiento de Jesús.

Un nuevo nivel, ascenso a mundo espiritual, al mundo de la cultura y del estudio de las artes, a pesar de ser alumno tanto mayor en edad, en medio de aquellos jóvenes universitarios de París con quienes comparte y contagia con su pasión por este *ordo amoris*, en medio de aquellos compañeros del Colegio Santa Bárbara. La incertidumbre nunca les abandonó, sin embargo, a pesar de todo, se pusieron dócilmente en las manos de Dios. Estos orantes del camino, en esa *via crucis* que se transforma en *via lucis*, ahora encarnaron los coloquios. Dios les condujo a los pies del Papa Paulo III, y ocurre otro nacimiento: La Compañía de Jesús. Y así, de nacimiento en nacimiento, el nacer, resurgir, resucitar, la Compañía de Jesús es la experiencia fundante de Ignacio.

Lejos quedó aquel hombre «dado a las vanidades del mundo, que principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con grande y vano honor de ganar honra» (Autobiografía n.1, BAC, 1997, p. 100) – sería ésta la razón por la que prohibieron la autobiografía de este varón medieval—. Sin embargo, en medio de tantas noches oscuras, el Espíritu le condujo hasta ese taller de barro y fuego que es la libertad. Esta *potencia obediencialis*, esa disposición de acoger la voluntad de Dios, una vez hallada por el discernimiento, se constituyó en norma de vida: «por lo cual es menester hacernos indiferentes (*libres*) ante todas las cosas, de tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor ... solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» (EE 21).

Desear, querer, elegir toda una redención del deseo traducido como pobreza, humildad, docilidad ante Dios, en una palabra, libertad ante Dios. Es el «Magis» alcanzado desde el «Minus»; y esta es minoridad del Dios pobre y

humilde se revela en medio la confianza en la debilidad, porque: «cuando soy débil, entonces soy fuerte» anota san Pablo (2 Cor. 12, 10)... «Algo me está diciendo que me entregue totalmente... en la esperanza de ser transformado. ¿Por qué para ir hacia arriba, tengo que ir hacia abajo?» de los versos de Oosterhuis. Cómo resuena ahora la voz profética de Pedro Arrupe: «No teman la empresa grande, mirando sus fuerzas pequeñas, pues toda nuestra suficiencia ha de venir del que para esta obra los llamó y ha de dar lo que para su servicio es necesario».

¿Qué significa, entonces la conversión de Ignacio hoy? Significa “reconocer” que uno es pecador y, sin embargo, llamado a ser compañero de Jesús, como lo fue San Ignacio (CG XXXII d2, 1).

Este peregrinar en el que el evangelio bajó de la mente al corazón; este ser capaces de abrazar y llorar, y de ver «*con mucho afecto como todos los bienes desciende de arriba*» (EE 237), reedita ese quedar enamorados de Dios, como, Pablo, como Ignacio, y como Francisco Javier... es el Espíritu que hoy retumba y guía a la Iglesia en el pastoreo del papa Francisco, y en tantos hombres y mujeres que sienten que los ejercicios espirituales resuenan en la *Evangelii Gaudium*, en la alegría del evangelio, que nos sigue invitando a que todos seamos hermanos *Fratelli Tutti*. Es el espíritu que renace una vez más en medio de este mundo inmenso y maravilloso que nos hace exclamar *Laudato sia il mio Signore*, al que nos invita el ejercitante consolado al contemplar que todo el bien desciende de arriba, a ejemplo de Aquel que «siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando su condición de siervo» (Fil. 2, 5). Ignacio se despojó de todo apego y se transformó sus heridas en experiencia de salvación, sus heridas nos han curado, nos han enviado, y nos siguen enviando a un mundo nuevamente herido y necesitado de redención.